La ciudad dulce

Victoria Pelayo Rapado

La ciudad dulce

Victoria Pelayo Rapado

avant
editorial

Primera edición, abril de 2026
© Victoria Pelayo Rapado, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 97913—88206—37—5
THEMA: FBA—FXM—FXD
DEPÓSITO LEGAL: M-11191-2026

A los lectores

«Si tu ojo te hace pecar, arráncatelo y deséchalo».

Mateo 18:9

LA ZANJA

Aquel verano, para mí, para mi pandilla, quedó marcado por lo que sucedió una tarde en la zanja de riego. Después, cuando la historia corrió de boca en boca, cada cual la contó agregando aquí, quitando allá, adornando o descarnando el relato, como sucede siempre.

Yo estaba allí, y si me he decidido a contarlo tantos años después es porque lo que dormía en mi memoria, de pronto, ha despertado con los últimos acontecimientos. Trataré de narrarlo como sucedió, o como yo recuerdo que sucedió, porque la verdad era otra, aunque tardé mucho en comprenderlo. Iré paso a paso, a los días previos y a los posteriores, a cómo la historia creció y se distorsionó a medida que fue de boca en boca. En realidad, no sucedió nada, nadie resultó herido, nada se perdió, no hubo maldad.

Aquel verano fuimos todos los días a la zanja, no sé por qué, pero el lugar nos atraía como un imán. Cuando nos encontrábamos, y sin mediar palabra acerca de adónde ir o qué hacer, una fuerza misteriosa nos empujaba al canal de riego. El canal siempre estuvo allí, pero nosotros lo descubrimos en abril durante las vacaciones de Semana Santa, aunque no fue hasta el verano

siguiente cuando nos aficionamos a ir a diario; seguíamos el camino del agua, unos ratos charlábamos y otros permanecíamos en silencio mientras recorríamos aquella vereda líquida.

Sucedió una tarde durante la Semana Santa, sin saber cómo o qué fuerza nos guio hasta allí. Era el Jueves Santo, en casa habíamos dicho que íbamos a la procesión que salía a las cuatro y recorría las calles durante más de cuatro horas. Pero no fuimos, llevábamos toda la semana viendo pasos y santos y estábamos cansados de bandas de música y turistas. El turismo de entonces no era como el de ahora, en los setenta la Ciudad Dulce sufría un incremento de su población en la semana de pasión, pero sin las multitudes actuales. Además, al año siguiente nosotros seguiríamos allí y podríamos volver a ver las mismas procesiones.

La llamábamos Ciudad Dulce porque en aquellos años aún funcionaba la fábrica de galletas y dulces que dio trabajo a mucha gente durante décadas, y en la de los setenta, los años de mi niñez, las máquinas trajinaban a pleno rendimiento. En la fábrica trabajaba el padre de Fernando, y sabíamos, porque él nos lo contaba, que les llevaba cosas ricas como aceitadas, cañas o pastas de coco, y yo me moría de envidia al imaginar toda clase de postres a diario en la mesa de mi amigo; alguna vez Fernando nos trajo a escondidas pequeñas golosinas para que las probáramos. El olor a natillas y galletas recién horneadas forma parte de mis recuerdos.

Cogimos la rutina de ir a la zanja a la menor oportunidad, cuando teníamos tiempo, y caminar en paralelo a ella; luego regresábamos en silencio. No habíamos imaginado la fascinación que nos produciría seguir el recorrido del agua, era la mayor diversión de aquellos días, que entonces me parecían iguales. Se pasaba a través del roto de la valla que separaba el barrio de la zona de huertas, en aquel lugar no había nada atractivo para alguien de

nuestra edad, entre once y catorce años, excepto porque alguna norma infringíamos cuando un vallado se interponía entre nosotros y algo. La longitud nos parecía interminable, y, en cuanto a la anchura, tendría metro y medio y otro tanto de profundidad. Además, por allí no se veía a nadie, solo a los regantes. Bueno, alguna vez vimos a alguien fuera de lugar y despistado, pero los otros chicos no le prestaron atención.

La zanja era una acequia con varios portones para repartir el agua a las huertas de la zona, que, con la construcción de la carretera nueva y en aras del progreso, quedaron sepultadas bajo toneladas de cemento dos años más tarde. Nos gustaba recorrerla hasta que perdíamos de vista los bloques altos de nuestro barrio. Cuando dejábamos de ver la torre de los suicidas nos dábamos la vuelta. La llamábamos torre de los suicidas por la leyenda que circulaba, una más de las que sobrevolaban el barrio, porque nunca nadie se había lanzado al vacío desde ningún piso; alguien la nombró así en alguna ocasión, torre de los suicidas, y el sobrenombre corrió como la pólvora, como nosotros a lo largo de la zanja. Más adelante, también se convertiría en leyenda el día que un chico y una chica de la pandilla cayeron al agua. Ese verano surgieron otras leyendas, rumores menos inofensivos y más dramáticos, que circularon de boca en boca durante años.

Míguel dijo que a ver quién era el valiente que se tiraba a nadar. Nadie se atrevió, claro, cualquiera se tiraba en unas aguas verdosas que ocultaban el fondo; si había culebras fuera también podría haberlas dentro.

Míguel, no Miguel, era nuestro líder, el más alto y atractivo, además vivía en los chalés, y aquello le confería un aura de liderazgo incuestionable.

Los otros vivíamos repartidos en Los bloques, cuatro o cinco edificios uniformes, ahora no recuerdo el número exacto, con

patios interiores, estrechos y llenos de secretos, eso nos parecía entonces; en aquel tiempo todo nos asombraba, todo estaba envuelto en misterio. De vez en cuando, y siempre al atardecer, nos colábamos en alguno para ver qué encontrábamos, y siempre encontrábamos algo, pinzas de la ropa, alguna botella de lejía o similar que algún desaprensivo había lanzado sin miramientos, o prendas que un día cayeron de los tendederos y alguien había olvidado. Camisetas, calcetines desemparejados, servilletas y bragas. Las bragas eran lo más codiciado. Los chicos solían ponérselas por la cabeza a modo de pasamontañas, a mí me molestaba que lo hicieran, a las otras chicas no parecía importarles, pero yo sentía como si fueran mis bragas el objeto de sus juegos y burlas. Sentía que profanaban una parte de mí, siempre he sido pudorosa, entonces también, pero en aquellos días trataba de luchar contra aquello que creía defecto o falta; ahora, simplemente, me acepto.

Los chicos vivían en otra zona cercana a Los bloques y de edificios más modernos, pero no como los chalés donde vivía Míguel; yo vivía en el último bloque de la Avenida, que, aunque también pertenecía al barrio, era una construcción diferente, y esa diferencia le daba más categoría que al conjunto de Los bloques. Mi edificio era una de las cuatro construcciones idénticas que se agrupaban en torno a un patio central cuadrangular, lleno de plantas y árboles, y una fuente en medio desde la que salían cuatro caminos empedrados que resaltaban entre el verde; así es como la recuerdo. Como era un terreno privado, los más pequeños del barrio solían jugar allí, así los padres podían vigilarlos desde las ventanas y estar tranquilos. Pero algo terrible ocurrió, también aquel mismo verano, que perturbó la paz del lugar. Si pienso ahora en la importancia que otorgábamos al sitio donde

vivíamos me parece una estupidez todo aquello, Los bloques, los chalés, el último edificio de la Avenida…

Míguel era el líder incuestionable, aunque nunca ninguno dijo que lo fuera, ni él se autoproclamó como tal, pero lo era de forma natural cada vez que proponía algo y todos lo secundábamos, cada vez que decía cualquier cosa y escuchábamos con reverencia sus planes, sus ideas, incluso su forma de resolver las encrucijadas propias de nuestra edad. Y como buen líder, las dos chicas más desarrolladas físicamente se habían fijado en él, yo lo creía así. Isa y Menchu fueron las primeras en tener pechos, eso las hacía poderosas, y a las demás, que no teníamos asomo de bultos por ninguna parte, invisibles. El hecho de estar más aniñadas físicamente contribuía a nuestro escaso o nulo interés por Míguel o por cualquier otro chico. Y si alguna lo estuvo, interesada, fue tiempo perdido porque él no perdía el suyo con niñitas planas como tablas de planchar.

Isa y Menchu estaban enfrentadas porque ambas se disputaban ser la novia, la chica o la favorita de Míguel; es lo que creía en aquel entonces, que estaban enfrentadas, porque no era así. Y Míguel, lejos de decidirse, enturbiaba la situación hasta volverla del color del agua que corría por la acequia. Cuando nos juntábamos toda la pandilla, Isa y Menchu actuaban como si Míguel les importara una mierda, como si no estuvieran coladas por él, y él se comportaba como un experto jugador de ajedrez: superaba las tensiones y se adaptaba al ritmo de juego que marcaban los contrincantes. Además, le gustaba aquel juego, lo practicaba con pasión y con la confianza de un ganador. Me cuesta recordar aquellos días sin hacer trampa, sin mezclarlos con la verdad que después supe, la que tardé tiempo en comprender.

Éramos unos críos, sobre todo yo, y esta es una historia que va sobre críos, aparentemente, porque aquellos adolescentes

escondían una precocidad explosiva, como las aguas de la acequia escondían el verdín.

Míguel tonteaba con las dos, con Isa y con Menchu. No siempre nos juntábamos todos, éramos chicos de barrio y algunos se debían a tareas como cuidar a un hermano pequeño o hacer un recado, incluso preparar la comida; todos teníamos que colaborar en casa excepto Míguel, subido en su pedestal y al que mirábamos desde abajo. Vivir en los chalés de la urbanización nueva le daba un aire de vida cara; aunque en realidad no era más que una moneda falsa. Su padre era empresario, nunca me quedó claro cuáles eran sus negocios de camiones, transportes, mercancías peligrosas y llamadas de teléfono supersecretas e importantísimas. La madre era hija de un escultor, autor de la emblemática escultura que lucía en el parque San Telmo, y cuya obra empezaba a ser muy valorada, y él, a recibir encargos desde otras ciudades.

La madre de Míguel era un ser interplanetario, así la veía yo. Jamás le oímos hablar mal a su hijo, gritar, reñir, ese tipo de cosas a las que estábamos acostumbrados; ella siempre lucía perfecta subida a sus tacones, alta, rubia, fría y con un pitillo entre los dedos. Creo que, años más tarde, si empecé a fumar fue sugestionada por su elegancia sujetando un pitillo. Se llamaba Berta, parecía una actriz de las que salían en las películas que veíamos los domingos en Los Luises. La imagen que tenía de ella era la de una mujer fatal, aunque yo entonces no supiera qué implicaba serlo. La miraba como a una mujer extraordinaria, demasiado guapa, demasiado elegante, demasiado perfecta; fantaseaba comparándola con las peligrosas mujeres de melena rubia que protagonizaban las actrices de las películas de Los Luises, que a veces eran las malas, y en cambio nunca pude imaginar que otras madres, menos glamurosas, pero no menos atractivas, más sencillas, pero no menos intrigantes, se convertirían en la comidilla del barrio.

Después, mucho después, comprendí lo equivocada que estaba en aquella época con todo, con lo que pasaba en mi pandilla de amigos, pero también con lo que sucedía en sus casas, con sus familias.

Yo achacaba la actitud de Míguel con Isa y con Menchu al coqueteo, me parecía que él actuaba de forma muy diferente con cada una de ellas, a conveniencia, adaptándose a la personalidad de las chicas; en cambio, cuando estaban las dos, y ante su indecisión por una u otra, delante de nosotros optaba por ignorarlas. Eso creía, y también que los otros chicos, Cris, Lola, Santos y Fernando, lo veían del mismo modo que yo. Estaba convencida de que cuando ellas reían o se ruborizaban sin venir a cuento era por Míguel, de que las dos competían calladamente por él. Nadie nunca me sacó de aquel error, quizá también porque lo ignoraban. En cuanto a ellas, pues no sé, supongo que eran conscientes de que nos equivocábamos. O quizá todos sabían menos yo.

Menchu era sensata, reflexiva, prudente. A Isa le gustaba bailar, lo hacía a todas horas y muy bien, era espontánea, inquieta, incluso un poco alocada. Los demás asistíamos a los vaivenes de aquel triángulo que tan pronto era equilátero como escaleno, y cuyos ángulos se volvían obtusos o rectos según quién, cómo y cuándo. Era un triángulo, sí, pero no el que yo creía.

Isa o Menchu podían coincidir o estar una de las dos, lo que no variaba era la afición que nos entró por ir a la zanja. Y aquello en realidad no tenía nada de divertido, porque caminar en línea recta siguiendo el trazado de la acequia, en principio, no era más atrayente que jugar al escondite por los patios o subirse a los árboles para coger hojas de morera.

Físicamente yo era la más aniñada y nadie me prestaba atención, las chicas porque preferían hablar entre ellas de sujetadores, prenda que acababan de estrenar, de chicos o de si alguna tenía

ya la regla; los chicos tampoco me tenían demasiado en cuenta porque yo no le interesaba a ninguno, el motivo principal era que estaba plana, y, además de tímida y reservada, no hablaba demasiado. Y era esa indiferencia la que me permitía observar sin ser vista, testigo invisible. Y observar siempre se me dio bien. En aquel entonces no era consciente de cuánto me gustaba ver sus reacciones, los gestos en los que nadie reparaba, el entrecejo fruncido, una sonrisa falsa o una cara de asco.

La relación de Míguel con Menchu e Isa se iba calentando por días, se caldeaba el ambiente, cada vez la tensión era más alta y nuestros silencios, más incómodos. Nadie decía nada; los que sabían callaban porque se creían más listos que los demás, y los que no sabíamos callábamos porque no éramos conscientes de nuestra ignorancia.

Aunque no puedo asegurar por qué, estaba segura de que en aquel tiempo no había sexo entre ellos, quiero decir entre Míguel e Isa o entre Míguel y Menchu. También había otra opción, impensable en aquella época, y por eso no la contemplé. Suponía que habría besos, tocamientos, cosas así, pero no sexo consumado, eso quedaba fuera de lugar en gente de nuestra edad; entonces, en la época que teníamos doce, trece, catorce años, las cosas no eran como ahora y las relaciones sucedían a otro ritmo. También me equivoqué en eso.

El verano avanzaba y nosotros seguíamos caminando junto a la zanja, todos los días eran iguales, íbamos allí como si cada día fuera especial o distinto, cuando en realidad todos los días hacíamos lo mismo. Sin variaciones, sin cambios, caminábamos hasta que la torre de los suicidas dejaba de verse. Casi nunca nos cruzábamos con nadie, excepto con los horticultores de las fincas. Apenas se fijaban en nosotros, se acostumbraron a vernos a diario, y nosotros tampoco estábamos interesados en ellos.

Varias veces vimos merodear a un tipo que, por la vestimenta y actitud, no parecía tener relación alguna con las huertas ni con las personas que trabajaban en ellas. Supuse, no sé por qué porque nada en su persona lo indicaba, que no vivía en la Ciudad Dulce, adonde habría venido para algo muy concreto, eso también lo imaginé. Todos aquellos pensamientos no los compartía con los otros porque me daba vergüenza, ninguno de los chicos sacaba tantas conclusiones de un desconocido solo por su vestimenta o actitud. Los otros no lo debieron de encontrar extraño porque nunca lo mencionaron, pero a mí me parecía rara su presencia allí, su forma de moverse, como si no supiera o no tuviera claro a dónde dirigirse, aunque tampoco se acercó a nadie a preguntar; se movía sin rumbo, como perdido, como si buscara algo. Además, llevaba un abrigo negro de cuero, una prenda insólita en medio del campo, entre las huertas, me lo imaginaba sudando como un pollo debajo del abrigo. De pequeña me avergonzaba de mi capacidad de inventar o fabular a partir de un pequeño detalle y prefería callarme y no compartir con nadie aquellas intrigas en mi cabeza, aunque ahora me sirve para ganarme la vida.

Durante las caminatas saltábamos de un lado a otro de la zanja. Míguel era el que más veces saltaba, era el más alto y el riesgo de caerse era menor para él. Fue el primero en hacerlo sin apenas esfuerzo, con aquellas piernas larguiruchas resultaba fácil; en cambio, para mí, la más pequeña, era una verdadera proeza saltar sin caerme dentro. Y salté porque no quería ser la única que no lo hiciera. En caso de que me hubiera caído, tampoco habría sucedido nada irremediable, un chapuzón, al fin y al cabo, pero por si acaso lo evitaba; las veces que salté concentré todas las fuerzas y energías en mis piernas cortas, para que volaran, para que me llevaran al otro lado sin contratiempos, para que todos después corearan a gritos ¡Bien hecho!

A Isa y a Menchu les gustaba Míguel, no tenía dudas, creía que el único dato que faltaba era saber a quién prefería él; pero estábamos equivocados, o lo estaba yo, y no era Míguel el objeto de deseo. Por su forma de tratarlas ninguna parecía preferida. Pero la realidad no era aquella y la pieza que faltaba era otra que nunca tuve, la que habría necesitado para comprender quiénes eran los rivales. Pero entonces yo estaba muy segura de lo que veían mis ojos, y mi teoría era que solo la unidad es incompatible con el favoritismo: si hay más de uno, de lo que sea, pasteles, hijos, vestidos o coches, siempre hay un favorito, excepto en el caso de que los dos objetos comparados sean exactamente iguales. Y Menchu e Isa no podían ser más diferentes.

Cuando estaba Isa, Míguel se volvía más intrépido aún, trataba de asombrarla, de ser más estrella de lo que ya era; y cuando estaba Menchu, se volvía cauto, apacible, sereno. Cuando estaban las dos las ignoraba, asunto arreglado. Nosotros asistíamos al espectáculo como espectadores ávidos, a ver qué pasaba, a ver si había algún cambio o si todo seguía igual. Todo seguía igual, y nuestras absurdas caminatas junto a la zanja también.

El día que pasó aquello, elevado después a la categoría de extraordinario, amaneció nublado, a media mañana descargó una tormenta colosal que enfrió el ambiente durante un rato, pero luego volvió el calor.

Por la tarde ya no quedaba ninguno de los charcos que se habían formado por la mañana. Nos juntamos a la hora convenida en los jardines del Clínico, allí se estaba fresco porque regaban a diario. Y después, y sin mediar palabra, nos encaminamos a las afueras, a la zanja. Menchu no vino ese día porque tenía visita familiar. Estábamos Fernando, Santos, Isa, Míguel y yo.

Íbamos en fila, delante Santos y Fernando, que aquel día vino con su hermana pequeña porque, según dijo, tenía que cuidarla